



# Por una universidad de oposición

## Entrevista a Emmanuel Barot

por **Ramon Lladó** y **Alejandro Andreassi**

**E**mmanuel Barot, profesor de Filosofía en Toulouse-Le Mirail, autor del libro de gran repercusión *Révolution dans l'Université* (Revolución en la Universidad, 2010), es uno de los más completos y rigurosos pensadores marxistas franceses de la actualidad. Ideólogo y militante significado del movimiento huelguístico, radical aunque efímero, que socavó las tranquilas aguas del mundo académico galo en la primavera de 2009, tomó la palabra en el reciente Fòrum-Pro-Congrés Universitari Català, celebrado en Barcelona, y que congregó a un colectivo de universitarios críticos contra la nueva hegemonía ultraliberal en la universidad.

—En tus escritos recientes has definido como fracaso las luchas sostenidas en Francia contra la reforma neoliberal de Sarkozy. Sin referirnos a las relaciones sociopolíticas en general, con el recorte en curso del Welfare state, y por limitarnos al ámbito de la enseñanza superior, ¿en qué medida puede hablarse de fracaso, puesto que la movilización ha sido de gran amplitud no sólo en Francia sino a escala europea y especialmente, por lo que se refiere a los últimos tiempos, también en el Reino Unido?

—Es como ver el vaso medio lleno o medio vacío. Una movilización poderosa y duradera debe dejar huella, unos hábitos, dar vida o despertar los reflejos de solidaridad, y muestra que la integración dentro del sistema, la anestesia, el individualismo y la domesticación no son totales y pueden dejar resquicios. Pero cuando una movilización fracasa, el riesgo de un repliegue sobre uno mismo, la resignación y la amargura pueden ser todavía más profundas que antes. Es obvio que no podemos reducir la movilización a su fracaso, pero tampoco debemos cometer el error contrario, o sea la autosatisfacción explícita o implícita, que son los peores peligros, porque transforman la derrota en *cuasi* victoria y eso encierra un gran peligro. Lo cierto es que no se ha obtenido nada o casi nada de las

reivindicaciones. Esa es la definición objetiva del fracaso. No darse cuenta de ello nos sitúa en un callejón sin salida y nos impide esclarecer los distintos factores del fracaso.

—A pesar de los fracasos, sin embargo, las movilizaciones prosiguen.

—Que renazcan movilizaciones de gran alcance es un signo de los tiempos: las reproletarizaciones llevadas a cabo a gran velocidad contra los trabajadores, cada vez de modo más autoritario, por la burguesía y por sus caballos de Troya estatales, suscita evidentemente reacciones crecientes. Lo que resulta es un período en el que se asiste a una recomposición de las fuerzas de izquierda y de extrema izquierda cuyos resultados o efectos deberán mesurarse en el futuro y que hacen difícil prejuzgar en un sentido o en otro: las revueltas importantes que fracasan pueden derivar tanto en un repliegue corporativista más o menos reaccionario como en el afianzamiento de la solidaridad de las condiciones cualitativamente más exigentes de la satisfacción de las aspiraciones colectivas. Este sentido popular de la solidaridad, las resistencias concretas y las teóricas tan solo sobrevivirán uniéndose y nutriéndose unos de otros. De lo con-

trario su dispersión las fragilizará, en el peor de los casos, a riesgo de su pura y simple destrucción, y en el mejor de los casos, a su confinamiento o su progresiva dilución en los ámbitos de la gestión. Eso es lo que estas movilizaciones nos enseñan; su existencia revela su poder, sus fracasos su fragilidad. El futuro no está escrito y depende de nosotros inclinar la balanza hacia el lado justo.

—*Tu libro\* no tiene como objetivo tratar sobre las protestas universitarias en los demás países de Europa. Pero, ¿podrías, indicarnos, aunque sea provisionalmente, cuáles serían los aspectos comunes de la ofensiva contra las universidades y qué rasgos comparten los movimientos de contestación en Francia y en Europa? Y en este contexto, ¿qué es lo más específico de la situación francesa?*

—La política dirigista del Espacio europeo de educación superior (EEES) se traduce en un doble proceso monopolista de concentración de capitales y de centralización de la producción y, en el seno de esta, de la producción científica e intelectual, y todo ello pasa por el retorno de una división del trabajo retrógrada y la intensificación de un doble «despilfarro de las fuerzas productivas»; despilfarro de las capacidades reales de los diplomados subempleados, precarizados o en paro, pretendidamente supercualificados y que está sometidos aún más a la represión general de los imaginarios sociales, el de las capacidades *posibles*. De un modo más inmediato, la reducción de los estatus y de los sueldos, la reducción del estado del bienestar, el aumento de las tasas y el doble ataque sobre la democracia social (al nivel de las poblaciones que aspiran a estudios superiores) son lo que, en Francia, Italia, Alemania, Grecia, Reino Unido y otros (sobre todo Québec) se rechaza unánimemente por las distintas resistencias nacionales.

Estas resistencias no actúan al mismo ritmo ni en los mismos contextos (según las modalidades nacionales elegidas para efectuar las reformas, que en Francia son parlamentarias y en España puramente tecnocráticas, por hablar de las dos tendencias extremas), ni con el mismo acento ideológico (el neoconservadurismo sarkozysta, que culminó en el racismo de Estado del ministro de la “identidad nacional” y de la “caza a los gitanos” no es simple neoliberalismo), y evidentemente no se desarrollan con la misma amplitud. La huelga francesa de 2009 fue masiva y profunda, inédita en este sentido y se singularizó por el tinte republicano, que es la tradición francesa dominante. Pero su desarrollo muestra que ante todo *subjetivó* una contradicción *objetiva* de la pequeña burguesía universitaria, que no tiene nada de específicamente francesa y que se

sintió cuestionada por las reformas. Su posicionamiento “legalista” e “interesado” en el mantenimiento de la dominación de clase (a la que sirve de intermediaria) fue una de las causas de su profunda incapacidad para percibir la naturaleza y la función de la política del EEES y de su negativa de llevar la huelga hasta un punto en el que tal vez hubiera salido victoriosa.

—*¿Cómo se desarrolló esa huelga?*

—Las seis primeras semanas de protesta del personal docente e investigador (febrero-marzo de 2009) representaron «una huelga de celo» que no impidió a los centros funcionar con normalidad por parte de los que no se identificaban con la protesta. Los estudiantes se incorporaron tardíamente a la protesta, y con mucha cautela. A menudo se olvida mencionar que el paso a los «bloqueos» (piquetes de huelga y ocupaciones) formó parte inicialmente de la plataforma reivindicativa de los profesores-investigadores reunidos en la Coordinación Nacional de Universidades, aunque la cosa fue objeto de disensiones que rápidamente se diluyeron en la corriente de las reivindicaciones. Sólo cuando se produjeron los bloqueos por parte de los estudiantes se endureció la movilización hasta el punto de imponer al gobierno que reconociera públicamente el movimiento. Sin ellos la protesta universitaria hubiera perdido fuerza rápidamente y se hubiera disuelto o convertido en anécdota sin haberse planteado el tema de los exámenes, utilizada luego por los medios de comunicación. En resumen, fueron los estudiantes y no los profesores, aunque el movimiento partiera de estos últimos, quienes prolongaron la huelga y le confiaron carácter social.

Todo ello muestra que los profesores *podían y querían al mismo tiempo* ganar la huelga (defensa de su profesión, de la libertad de pensamiento, de investigar y enseñar sin tutela) y sin embargo *no les era*

*posible querer la victoria* y al mismo tiempo *no deseaban la posibilidad real de ganarla*. Su existencia descansa en la división del trabajo y en la formación cualificadora de la fuerza de trabajo que deben garantizar. El carácter masivo de la protesta en Francia tuvo por lo menos el mérito de poner de relieve su *naturaleza*: haya luchado contra la “descualificación” simbólica de la profesión de universitario o contra la descualificación socioeconómica del estatus y de las condiciones laborales, la huelga ha demostrado los habituales límites de la pequeña burguesía en crisis, sindicada o no sindicada. Que se trate de intelectuales y no de comerciantes o campesinos, no cambia en nada las cosas.

—*Durante los debates se sostuvo, por un lado, que la universi-*

**Que renazcan movilizaciones de gran alcance es un signo de los tiempos.**

dad debe ser autotélica, es decir que su sentido principal es la creación incesante del saber con independencia de su utilidad productiva y generadora de beneficios asociados a los conocimientos, y por otro lado que esa función puede ser incompatible con una universidad cuya integración en la sociedad debería medirse por la orientación de sus proyectos de investigación y de enseñanza para la solución de problemas prácticos que afectan a capas sociales muy amplias y especialmente a las clases subalternas y a los sectores más marginalizados. ¿Qué opinas sobre esta dicotomía? ¿Crees que son compatibles? Y en caso afirmativo, ¿cómo puede resolverse esa compatibilidad?

—Los eslóganes como “ la escuela no es una empresa” o “el saber no es una mercancía” marcan desde hace años el tono de la resistencia ante las lógicas neoliberales que dismantelan los servicios públicos, pero representan posicionamientos heterogéneos a veces hipotecados por prejuicios muy problemáticos. Afirmar que la distinción entre público y privado es muy clara y que lo primero es (o *ha sido*) “neutro”, limpio de toda sumisión a la rentabilidad y absolutamente al servicio del bien común, permite retrospectivamente hacer de la investigación y de la enseñanza un espacio-tiempo social dedicado ante todo a una producción y transmisión libres del saber (científico o cultural) definido por su carácter “desinteresado”, su universalidad y su transparencia. Lo que exigiría, mediante el reconocimiento de las disfunciones del sistema anterior —con tal de no ser tachado de conservador del *statu quo*— una ardua resistencia a su “privatización” que supuestamente trae consigo todos los males. Ello revela una concepción implícita que, siendo indulgentes calificaríamos de ingenua, del estado-providencia, puesto que los “servicios públicos” se desarrollaron masivamente a partir de los años 60 bajo el sello de una ambivalencia fundamental.

—¿A qué ambigüedad te refieres?

—En los años 60-70 asistimos a la conjunción de un *aumento de la demanda de trabajo intelectual cualificado* que expresaba las nuevas necesidades económicas del capitalismo y un *aumento de la oferta de trabajo cualificado* proporcionada de forma creciente por las universidades. Esta conjunción se verifica tanto en la esfera de la producción como en la de la reproducción y afecta a todas las formas de trabajo asalariado que participan más o menos directamente en el correcto desarrollo de la producción y, por consiguiente, a la generación de beneficio, desde el comercio hasta la administración, incluyendo al funcionariado de la investigación y de la docencia. La fuerza de trabajo intelectual se alineó con el modelo de la fuerza de trabajo manual, adquiriendo un precio de mercado que fluctuaba según la relación entre oferta y demanda y con cierta regula-



Foto Moskitom (Creative Commons)

ción por parte del estado. Esta mercantilización sistemática no constituye en absoluto una novedad de las reformas actuales. Al mismo tiempo se produjo una presión popular amplia que exigía dar respuesta a sus aspiraciones intelectuales. Fruto de ese empuje, la masificación de la universidad exigida por el sector productivo se acompañó de una democratización parcial de sus instituciones y de una liberación de sus funciones “improductivas” que repercutieron en las nuevas necesidades sociales y culturales. De ahí las continuas tensiones entre la reivindicación humanista que defiende el principio de igualdad y de libertad y el imperativo recurrente de la adaptación a las necesidades evolutivas del mercado. La enseñanza-investigación ha cristalizado este antagonismo social, y su estatalización ha mantenido y al mismo tiempo ha contenido el compromiso entre ambas demandas. Negarse a reconocer eso equivale a no comprender la transición actual. Transformar a los proletarios en posibles especialistas significa correr el riesgo de que se alcen contra la explotación y contra su alienación y desarrollen la conciencia de clase. Y sin embargo es preciso que se formen para que hagan funcionar la máquina producti-

va. Se trata de organizar los contenidos y los modos de socialización del conocimiento limitando su alcance subversivo: a esa necesidad respondió la universidad desde 1968 y seguirá respondiendo el llamado nuevo Espacio europeo de enseñanza superior.

—¿Dónde radica entonces la diferencia, si es que existe?

—La auténtica diferencia, tras las innovaciones tecnológicas e ideológicas, reside en que el capitalismo se encuentra en recesión desde hace más de treinta años; la gestión de la deuda pública y las conminaciones de los capitales privados exigen hoy un adelgazamiento del sector improductivo para mantener, directa o indirectamente, una tasa de beneficios digna de tal nombre. Esta revela que las dos dimensiones de la producción y la circulación del saber —dimensión autotélica y función social— son irreductibles, pero que la socialización capitalista del conocimiento las hace entrar en conflicto. Si la socialización diese curso, por un lado al libre desarrollo de la individualidad, y por otro a la satisfacción de necesidades sociales *reales* y no ficticias, se expresarían tendencialmente la misma libertad y los mismos fines. La solución del conflicto deberá tener como condición necesaria la superación del antagonismo capitalista entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, el capital y el trabajo. Pero la armonía entre “el reino de la libertad” (cultivar la función autotélica) y el “reino de la necesidad” (la necesidad de producir e incorporar unos saberes a la producción social útil) en palabras de Marx, no puede pasar por el abandono de una función a costa de la otra: la armonía tendencial entre ambas funciones será siempre relativa y cambiante. Pero la dualidad dejará de estar en conflicto y dará paso a una articulación racional de ambas vías del proceso por el que la socialización del saber permite a una sociedad determinada en una época determinada nutrir tanto su liberación y su pacificación como las de los individuos que la componen considerados aisladamente.

—Te refieres al concepto de una universidad de oposición y la contraponen a un movimiento exclusivamente contestatario. ¿Podrías matizar dicha distinción?

—Partiré de la cuestión de la “politización”. Existe despolitización cuando se pierde el punto de vista de la totalidad, hipostasiándose una dimensión o un aspecto del problema considerado en detrimento de otros, lo que hace extraviar el sentido de la complejidad global. Por “politización” entiendo en mi libro la capacidad de extraer *en situación* las lecciones que den la medida de los desafíos de conjunto que tienen lugar. Las reformas surgidas del “proceso de Bolonia” expresan una transición ideológica e institucional que pretende actualizar en el ámbito

europeo la investigación y la docencia centrándolas en la competencia capitalista mundial. Pretender una impugnación de estas reformas sin reconocer que la función social de la investigación y la docencia consisten *desde siempre* y no sólo a partir de ahora, en formar a la fuerza de trabajo en proporción a los tipos y grados de cualificación requeridos por la valorización capitalista es proceder, consciente o inconscientemente, de manera profundamente despolitizadora tanto en lo teórico como en lo práctico. El idioma de lo “alternativo” ha acompañado parcialmente a esta despolitización. Se ha hinchado hasta el extremo a lo largo del movimiento y ha perdido precisión y pertinencia. Un buen criterio para distinguir dentro de esta confusión del término “alternativo” es discriminar a qué fines y prácticas se refiere. Por ello distingo esquemáticamente un posicionamiento totalizador y politizador en un doble sentido. Por un lado que se esfuerza por extraer lecciones de la voluntad de “liberar” los saberes de las imposiciones capitalistas, directas o indirectas, y por otro, que se muestra lúcido sobre el hecho de que la universidad no es un imperio dentro de un imperio y que toda “liberación” debe efectuarse en el ámbito de toda la sociedad.

Liberar las capacidades manuales e intelectuales y sus productos, liberar el trabajo vivo bajo todas sus formas, implica unos modos de socialización de la producción y la circulación que rompan con las tutelas estatales y capitalistas cuyo entrelazamiento va en aumento durante todo el siglo XX. Responder de nuevo a la pregunta: ¿qué hacer? deberá superar radicalmente esta primera forma de resistencia que la huelga de 2009 ha revelado como limitada y llena de equívocos y que insistía en decir que “hay que salvar la universidad” de Estado. Tanto en la teoría como para federar las resistencias regionales, nacionales e internacionales demasiado dispersas, se impone un paradigma suficientemente radical para no caer en el perpetuo callejón sin salida de la “participación contestataria” en las instituciones. La cogestión, por más crítica que sea, siempre se ve desbordada en situaciones de grave crisis y se muestra ineficaz en períodos de normalidad. Si nos mantenemos dentro de la institución, debemos cultivar y organizar la subversión, pero ello sólo tiene sentido si se sale de la institución propiamente dicha.

—¿Cuáles son entonces las características de una universidad de oposición?

—Oposición significa *luchar por una socialización no capitalista del conocimiento y de toda producción social* en el sentido de elaborar una contra-institución universitaria. Esta funcionaría autogestionando los saberes según las necesidades sociales y culturales *reales y posibles* de los individuos. Se basaría en la

implicación igualitaria de estudiantes, docentes y del personal laboral más anónimo que mantiene día a día la infraestructura técnica y material de las instituciones. Así predominaría la idea de que los saberes científicos y culturales no necesitan ser “defendidos” sino, como dice Sartre, “desmilitarizados”. 2009 ha mostrado que la “fetichización” de los saberes y de la cultura se revuelve contra sí misma y contribuye a su “militarización”. En concreto consistirá ante todo en poner en relación a los grupos y a los individuos que ya trabajan localmente con ese objetivo.

Pero la elaboración de contra-instituciones autogestionadas no es en absoluto un fin en sí mismo. Se trata tan sólo de una palanca transitoria y no exclusiva que contribuya a alimentar y federar un tipo de voluntad práctica que hasta ahora se ha materializado de manera muy dispersa y frágil. “De oposición”, por decirlo brevemente, califica una suerte de posicionamiento transitorio que nutra a medio y largo plazo el proceso revolucionario. Por contra-institución debemos entender ante todo unas contra-prácticas capaces de prolongarse en el tiempo, desplegarse y reforzarse en una dirección antagónica a las tradiciones estado-burocráticas vinculadas al término institución. Por eso he preferido condensar en el título del libro el idioma de la “revolución”. “De oposición” no es sinónimo de revolucionario, pero se sitúa dentro de él como consigna transitoria. Es un término táctico y estratégico. Una universidad de oposición es una comuna, un consejo, un *soviet* de los saberes, nada más que eso, pero tampoco nada menos que una inteligencia colectiva que actúa efectivamente y intenta construir el futuro dentro del presente.

—*En qué te ha cambiado el movimiento de la primavera de 2009 como pensador y como universitario comprometido?*

—No me reconozco ni como “pensador” ni como “universitario comprometido”, marcadores sociales cuya deconstrucción forma parte precisamente de la resistencia. Oficialmente investigador y profesor titular de la actual universidad estatal francesa, como decía Gramsci soy un “funcionario de la hegemonía”, un funcionario de la ideología, y en cuanto a la faceta de “pensador”, esta remite inmediatamente al hecho de que oficialmente soy “filósofo” ejerciendo en un departamento de filosofía. Pero es que la filosofía no existe, es una excrecencia histórica de una de las partes más abstractas de las actividades santificadas por la división del trabajo manual e intelectual. Hacer “pensamiento” concretamente en la “Universidad”, algo así como una especialidad, es una operación social y cultural que debemos atacar en todo momento con ácido sulfúrico. Siempre me he representado así mi “cargó” docente, tanto en el instituto como en la universidad. Desde ese punto de vista, y

habida cuenta de mis compromisos teóricos y militantes anteriores, mi compromiso en la huelga de 2009 fue algo natural y me enfrasqué en ese combate como había hecho en luchas anteriores. Pero aún así algo cambió realmente. La huelga me permitió en cierto modo poner orden en una parte de mis propias contradicciones de pequeño burgués intelectual, echar a tierra ciertas ilusiones más tenaces de lo que imaginaba y me ayudó a comprender mejor mi situación: no hay intelectuales y masas, sino iguales que se comprometen en mayor o menor medida, rechazan ciertas cosas y exigen otras. Toda rigidificación de la función intelectual es por ello profundamente reaccionaria y la huelga tuvo la virtud de poner en evidencia que esa representación del intelectual sigue dominando absolutamente. En un plano más profundo la huelga ha ensanchado la trinchera y me ha confirmado la necesidad de utilizar, subvertir y sortear a la institución en nombre de esos fines que la superan infinitamente, pero sin perder la energía en ella. Su mayor efecto desde entonces ha sido la urgencia que experimento de manera creciente: urgencia por comprender y actuar a la altura de los desafíos, con la suficiente sangre fría para que esa cólera, incluso ese odio, sea lo más útil posible

—*En mayo del 68 se hablaba ya de crisis de la representación política, por supuesto dentro de la izquierda, a partir de las posiciones teóricas de los situacionistas. ¿Cómo ha evolucionado esa crisis en los últimos 40 años y dónde se encuentra hoy ubicado lo político?*

—La pregunta es muy general. Digamos que la “crisis de la representación” continúa siendo actual, pero sobre todo en el ámbito de las centrales sindicales o de los partidos, frecuentemente desbordados por sus bases. Aún así, la gente comprometida o militantes de partidos y movimientos más o menos organizados han empezado a distanciarse realmente de sus “representantes”. Las organizaciones revelan en estos momentos una cierta plasticidad que muestra un proceso en curso de recomposición bastante profundo. Las formas burocráticas o centralistas de la organización de las luchas ya no gozan de ninguna credibilidad, incluso si, más allá de las inercias que los mantienen, como en el caso del PCF (Partido comunista francés), los dirigentes que salen de sus filas, a falta de algo mejor de momento y/o por fidelidad, todavía les proporcionan algunas bases populares que no se traducen en resultados electorales y que incluso se minimizan equivocadamente ■

\* *Révolution dans l'Université. Quelques leçons théoriques et lignes tactique tirées de l'échec du printemps 2009*,  
Montreuil, La Ville Brûle, 2010.  
Traducción del francés de Ramon Lladó